

En cada enfermo estaba Dios

Tres sacerdotes narran cómo fue mirar al coronavirus cara a cara en Italia, el primer país europeo en afrontar la pandemia. Estuvieron en los hospitales, en las funerarias y en los cementerios y se desgastaron por hacer presente a Dios donde parecía no estarlo.



Gerardo Rodríguez

Capellán del hospital Spallanzani de Roma

Italía, finales de febrero. Las autoridades comienzan a informar de los primeros casos de infección por coronavirus. No llegan a la docena. Reina la calma. Nadie piensa que el tema pueda pasar a mayores. Dos turistas chinos son de los primeros en necesitar atención hospitalaria. Son ingresados en el hospital Spallanzani, de Roma. En ese centro es capellán desde hace dos años y medio el sacerdote costarricense **Gerardo Rodríguez**.

—¿Cómo han sido estos meses de pesadilla?

—Cuando llegaron los dos primeros pacientes chinos no pensábamos que la situación fuera a pasar a mayores. En el hospital nadie se alarmó. Pero los casos empezaron a multiplicarse, se decretó el cierre de los colegios y el confinamiento y el hospital se transformó en hospital COVID. Solo había pacientes infectados por coronavirus. Llegamos a tener hasta 300. El centro cambió por completo, así como mi trabajo. Yo

ya no podía entrar a las habitaciones o caminar libremente por los pasillos. Tuvimos que aprender a vestirnos con los trajes de protección y lo hicimos sobre la marcha. Había mucha tensión en el ambiente.

—¿Cuál fue el momento más difícil?

—Fue muy duro cuando recibimos al primer paciente italiano porque pensamos que no sobreviviría, pero lo hizo. Para mí fue una experiencia tremenda

porque fue la primera persona con COVID a la que atendí y me impresionó mucho tener que vestirme con el traje de protección. Otro paciente, que sentía que se moría, pidió verme. Ya no podía ni hablar. Le pedí que moviera una mano o un pie para que yo supiera que me estaba entendiendo y así lo hizo. Le di la absolución y la unción desde lejos, recé con él y a la hora murió. Recuerdo a otra joven de 28 años que murió sola. No murió por COVID, pero falleció en el hospital. Había sido madre dos meses antes. Yo acompañé al padre, que estaba totalmente devastado. Estuvimos los dos solos frente al féretro y no pude abrazar a ese hombre a causa de las medidas de distanciamiento.

—Los capellanes han sido el contacto humano en los últimos momentos de mucha gente.

—Yo digo que ha sido una gracia para los que hemos estado en estos momentos. Si no se ha podido en vida, al menos, hemos podido dar una bendición final a los enfermos. En la fase

más aguda de la pandemia, me pasaba el día del hospital a la morgue para responder hasta 10 o 12 llamadas al día. A veces el empleado de la funeraria me grababa en vídeo mientras daba la bendición al difunto para que así pudiera verlo la familia. Fue muy duro también desde un punto de vista humano.

—Ustedes han presenciado el sufrimiento del personal sanitario.

—Los profesionales en los hospitales vivieron momentos muy, muy difíciles. Hacían horarios inhumanos de 13 y 14 horas. Me acuerdo de un episodio, para mí bellísimo, pero también muy fuerte. Un día se me acercó un enfermero con el que no tenía mucha relación, la verdad. Él se confiesa ateo. Me pidió hablar y me dijo: «Usted sabe que soy ateo, que no creo en Dios». Y siguió: «Pero si existe su Dios tiene que pedirle que esto pare porque yo no aguanto más. Dígale a su Dios que intervenga porque yo ya no resisto». Yo le contesté: «No crees en Dios, pero Dios cree en ti. Mi Dios sí cree en ti».

Se puso a llorar y me respondió: «Me está confundiendo, no me confunda». Desde entonces, nuestra relación ha cambiado, ha mejorado.

—Y ese Dios de ateos y creyentes, ¿dónde ha estado?

—Yo he visto a Dios en el paciente y el paciente ha visto a Dios en mí. El Señor ha estado presente en toda esta situación: en el enfermo, en el médico y en la persona que se ha quedado en casa. Para muchos ha sido el momento de volver a encontrarse con Él. Para otros quizá el momento de acusarle de no haber intervenido como el genio de la lámpara.

Para mí Dios estuvo y está presente en esa situación, en cada uno de los pacientes, en el que se salvó y en el que no. Una monja hace pocos días me llamó para darme las gracias por todos los momentos en los que pasé por delante de su habitación. Me dijo: «Estaba inconsciente, pero me dijeron que siempre pasabas y rezabas por mí, aunque no me diera cuenta». Para mí Dios está en esas cosas. ●



Matteo Cella

Sacerdote de la parroquia de Nembro (en La Val Seriana, provincia de Bérgamo)

talía, mediados de marzo. Desde el día 10 estamos confinados en casa. Se ha cerrado absolutamente todo y solo funcionan las actividades esenciales. El número de contagios crece exponencialmente. El de muertos, por des-

gracia, también. La Val Seriana, —el valle del río Serio—, es la zona cero de esta pandemia. La situación llegó a ser tan dantesca que hoy la justicia investiga cómo y por qué, ante los datos sanitarios que alertaban de una hecatombe, aquí no se actuó antes y

con más determinación. En ese valle está la localidad de Nembro donde hay cinco sacerdotes. Uno de ellos es el padre **Matteo Cella** que anima el Oratorio de San Felipe Neri de esta ciudad con poco más de 11.000 habitantes. La creatividad de este sacerdote ha man-



tenido viva la comunidad en muchos sentidos. Una labor incansable que incluso le ha valido el reconocimiento del Papa Francisco quien le llamó por teléfono.

—El coronavirus se ha ensañado especialmente con Nembro.

—En 2019 tuvimos 120 funerales en todo el año. Este año, desde finales de febrero a principios de abril, celebramos 188. La primera semana de marzo tuvimos dos funerales al día, un total de 14. Fue la última semana que pudimos celebrarlos porque después se prohibieron. Lo único que podíamos hacer era acompañar los ataúdes al cementerio con un máximo de 10 personas. Bendecíamos los féretros y poco más. Pero lo hicimos con todos, para que nadie fuera abandonado ni siquiera en los momentos finales.

—¿Qué hace un sacerdote en una situación así?

—Lo más difícil fue el hecho de que, una vez las personas ingresaban en el hospital, se perdía todo contacto. Los familiares no podían visitarlos y en ellos

quedaba una gran sensación de haber abandonado a sus seres queridos. Por eso, teníamos que ayudarlos a no sentirse culpables. También hemos intentado que nadie se sintiera solo. La distancia y la soledad han sido el otro drama. Por eso, ideamos formas distintas de entrar en contacto con la gente, porque incluso nosotros, si hacíamos visitas, podíamos convertirnos en vector de contagio. Comenzamos a llamar por teléfono, a videollamar... Aparentemente no se podía hacer nada por el confinamiento, pero, en realidad, no parábamos. Hacíamos muchas actividades a distancia porque nos empeñamos en mantener vivos los grupos de la parroquia, las catequesis... Al final no teníamos casi tiempo porque enganchábamos una llamada con otra, una videollamada con otra.

—¿Cuál ha sido el momento más duro?

—La semana más difícil fue aquella en la que murieron hasta 10 personas al día. En una semana fallecieron 60. La tragedia fue aún mayor cuando, en los 15 o 20 días siguientes, comenza-

ron a llegar las cenizas de todos estos muertos y nos pasábamos el día en el cementerio. La muerte se respiraba.

—¿Sentían a Dios, que Dios estaba con ellos?

—Muchas personas se preguntaron dónde estaba Dios, especialmente en aquellas familias donde el virus provocó varios muertos. Hay una, por ejemplo, en la que murieron tres hermanos. Tenían unos 80 años. Se enfermó uno y murió. Todos se contagiaron y los dos hermanos murieron detrás. Una generación entera. Hay otro caso, el de una madre y una hija. La hija era enfermera y probablemente contagió a la madre. Cuidó de ella hasta que esta murió. Después, ella enfermó y también falleció. Estas familias se preguntaban cómo era posible, dónde estaba el bien. No les hemos respondido con las palabras, sino que lo hicimos con nuestra presencia, con nuestra cercanía. Jesús no elimina el sufrimiento, lo soporta junto a nosotros.

Pero, junto a esa pregunta, muchas personas se hicieron otra: «¿Puedo hacer algo bueno por los demás?». Y esta

pregunta nos ha dado mucha fuerza. Cuando se pidieron voluntarios para garantizar los servicios que se habían suspendido, en solo 2 días se ofrecieron más de 100 personas. Y solo necesitábamos 10 o 12 para, por ejemplo, llevar a los enfermos de diálisis al hospital o para hacer la compra a las personas mayores. Todo ello poniendo en riesgo la propia salud.

—¿Cómo es el ambiente ahora, pasado lo peor?

La otra cara de la moneda siempre han sido las ganas de vivir. Empezamos a buscar cómo hacerlo. Transmitíamos la misa en *YouTube*, ayudamos a los niños que no tenían ordenador a hacer los deberes imprimiéndolos en la parroquia y se los mandábamos. En aquellos momentos tan duros las iniciativas para reaccionar, para volver a la vida fueron muchas. Hay ganas de cerrar este capítulo, de pensar en el futuro, sin olvidar, claro. Estamos pensando en actividades de verano, sobre

todo, para los niños y jóvenes en el Oratorio. Hemos pensado también en acoger a personalidades del mundo de la cultura para reflexionar sobre el futuro de los jóvenes, del trabajo, de la educación, de los jóvenes... No nos podemos parar, aunque algunas personas sigan teniendo, lógicamente, un poco de miedo.

—Esas ganas de vida llamaron la atención del Papa, ¿cómo fue la comunicación con él?

—Alguien del pueblo escribió un e-mail al Vaticano explicando que, si bien solo se hablaba de los muertos de Nembro, había otra realidad que era la de cómo sus habitantes estaban arremangándose de muchas formas y con mucha creatividad. Esta persona dejó en el e-mail mi número de teléfono. El domingo 3 de mayo, por la tarde, el Papa me llamó. Lo primero que pensé fue que era una broma, pero la voz era tan reconocible que no se podía confundir con otra. Francisco

me dijo que le habían informado de todas las actividades que llevábamos a cabo pese a la pandemia y me dio las gracias. Yo le respondí que no habíamos hecho nada del otro mundo. El Papa me replicó con esa frase sencilla y simpática que fue: «Cada uno hace lo que puede». También se acordó de los niños y jóvenes del Oratorio con un «salúdame a tus chicos».

—¿Qué aprendizaje saca de lo vivido?

—Que es fundamental que nadie se sienta solo y que no se deje a nadie atrás. Otra cosa que hemos aprendido colectivamente es que no podemos ser mediocres. Lo digo pensando en cómo no ha funcionado la sanidad o la política. Si cada uno hiciera bien lo que le corresponde, todo funcionaría.

Cuando ves la necesidad de las personas, las miras a la cara, no las tratas como un número. Quien ha estado cerca de la gente ha aprendido a no ser mediocre. ●



Stefano Dubini

Capuchino y capellán en el hospital Papa Juan XXIII de Bérgamo

Italía, finales de marzo. Es día 27. Alcanzamos los 919 muertos en 24 horas. Números que sobrepasan el entendimiento, que entumescen, que arrancan las lágrimas de todo el país. Esa tarde el Papa reza en la plaza de San Pedro vacía. La ciudad de Bérgamo ha sufrido ya mucho y ha visto ya mucho para entonces. Ha visto desfiles de camio-

nes militares transportando decenas de féretros de muertos que ya no caben en su cementerio, que ni siquiera se pueden incinerar por la saturación de los servicios funerarios. En ese mismo estado de sobrecarga están hospitales como el Papa Juan XXIII donde llegó a haber hasta 500 pacientes COVID. El centro se convirtió en una gran UCI. El capuchino **Stefano Dubini** es uno de

los capellanes hospitalarios. «El Papa habló el 27 de marzo, tenemos un profeta, escuchémoslo», insiste.

—Las imágenes de los camiones militares de Bérgamo eran durísimas.

—Lo eran y nos impresionaron mucho, pero ahora parece que no nos impresiona ver lo que sucede en el



esto ha sido muy, muy duro. En lo peor de la pandemia no nos podíamos ni acercar a ellos. Así que hicimos una especie de *newsletter* que mandábamos por e-mail cada noche, un mensaje inspirado en la Palabra de Dios y en la situación que estaban viviendo. Lo llamamos «Dios consuela a su pueblo». Yo poco pude hacer salvo estar ahí. Cuando no se puede hacer nada, solo hay que estar cerca y escuchar la pena del otro. Hacerle saber que, de alguna manera, participas de su desgracia porque estos profesionales llevan consigo mucho sufrimiento.

—¿Dios dónde estaba?

—Precisamente muchos enfermos han encontrado a Dios en los médicos y enfermeros que incluso han hecho de capellanes haciendo la señal de la cruz en sus frentes. Pero creo que la pregunta justa es «¿dónde estaba el ser humano?». Vuelvo a aquellas palabras del Papa Francisco en la plaza de San Pedro el 27 de marzo: «En nuestro mundo, que Tú amas más que nosotros, hemos avanzado rápidamente, sintiéndonos fuertes y capaces de todo. Codiciosos de ganancias, nos hemos dejado absorber por lo material y trastornar por la prisa. No nos hemos detenido ante tus llamadas, no nos hemos despedido ante guerras e injusticias del mundo, no hemos escuchado el grito de los pobres y de nuestro planeta gravemente enfermo. Hemos continuado imperturbables, pensando en mantenernos siempre sanos en un mundo enfermo». ●

resto del mundo. En India o en Brasil, donde se están viviendo situaciones más graves incluso que la que vivimos nosotros. Parece que ahora «es cosa suya». Estamos viendo cientos de tumbas excavadas en la tierra. Y esto ya no nos causa impresión. El coronavirus es un problema planetario.

—Entonces, ¿no hemos aprendido nada?

—Hemos descubierto la palabra «juntos» gracias al esfuerzo de los médicos, los enfermeros, los voluntarios... El primer efecto de esta pandemia es habernos dado cuenta de que hemos sido demasiado individualistas. Pensábamos: «¿A mí me va bien?, pues ya está». Pero nos debe ir bien a todos, si no, no se puede decir que las cosas vayan bien. Esto ha sido como un terremoto. Siguiendo la metáfora, esperemos que ahora se reconstruya sobre pilares sólidos. Es decir, pensando globalmente y actuando localmente desde la solidaridad.

Y creo que nos hemos dado cuenta de algo más. La restricción total de los contactos familiares hizo que muchas personas murieran solas y sin poder tener una palabra de consuelo. En este drama los médicos y enfermeros padecieron un enorme estrés emocional que se acumulaba día tras día. El efecto producido por la pandemia es, precisamente, haber dejado patente

cómo este profundo sufrimiento de todos ante una muerte «inaccesible» (por estas restricciones en las visitas) desmonta la idea de que hay que ocultar la muerte, alejarla de los más vulnerables y reservarla solo a los hospitales o lo más lejos posible de nosotros.

—El personal sanitario sí que ha tenido muy cerca la muerte a diario. Usted ha sido testigo.

—Han hecho un esfuerzo sobrehumano. Han sido «el buen samaritano». Su profesión es ontológicamente evangélica, hasta dar la vida. Hemos visto en ellos una dedicación total, extenuante y en condiciones muy duras: vestidos con los trajes de protección, sudando, sin poder ir al baño y con las mascarillas... También se han enfrentado a elecciones difícilísimas como encontrarse con dos pacientes y una sola cama disponible. A mí lo que me sorprende es que, apenas hemos aplacado la fase más cruenta, la gente ya se ha olvidado de esto. Temo que parte de la población no haya entendido lo que ha pasado.

—¿Lo peor que recuerda?

—Hubo una semana en concreto donde me di cuenta de que el personal sanitario estaba agotado al extremo. No tenían tregua. En muchas ocasiones se dieron de bruces con una realidad imposible porque no tenían ni recursos, ni material sanitario ni camas. Y

Ángeles Conde

🐦 @AngyCnd